Teun A. Van Dijk (comp.)

RACISMO Y DISCURSO EN AMÉRICA LATINA

BIP Biblioteca Iberoamericana de Pensamiento

BIP Biblioteca Iberoamericana de Pensamiento

Walter D. Mignolo
La idea de América latina
La herida colonial y la opción decolonial

Manuel Cruz (Coord.)
Odio, violencia, emancipación

Ramón Alcoberro (Coord.)
Ética, economía y empresa
La dimensión moral de la economía

Xabier Zabaltza
Una historia de las lenguas y los nacionalismos

Fernanda Núñez Becerra
La prostitución y su represión en la ciudad de México (siglo XIX)
Prácticas y representaciones

Rafael Montesinos Carrera
Las rutas de la masculinidad
Ensayos sobre el cambio cultural y el mundo moderno

Samuel Cabanchik, Federico Penelas y Verónica Tosí (comp.)
El giro pragmático en la filosofía

Francisco Delich
Repensar América Latina

José Num (comp.) y Alejandro Grimson (col.)
Debates de Mayo: Nación, cultura y política

RACISMO Y DISCURSO EN AMÉRICA LATINA

Teun A. Van Dijk (comp.)

gedisa
editorial

© Teun A. Van Dijk, 2007

Traducción: Margarita Polo («Prefacio» y cap. 1) y Luciana Fleischman (cap. 3)

Ilustración de cubierta: Juan Santana

Primera edición: mayo de 2007, Barcelona
Reimpresión, 2016

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

© Editorial Gedisa, S.A.
Av. Tibidabo, 12, 3º
08022 Barcelona (España)
Tel. 93 253 09 04
gedisa@gedisa.com
http: //www.gedisa.com

eISBN: 978-84-9784-450-5

Queda prohibida la reproducción parcial o total por cualquier medio de impresión, en forma idéntica, extractada o modificada de esta versión castellana de la obra.

Índice

Sobre los autores 9
Prefacio
Teun A. Van Dijk 17

1. **Racismo y discurso en América Latina: una introducción**
   Teun A. Van Dijk 21
2. **Racismo y discurso: una semblanza de la situación argentina**
   Carlos Belvedere, Sergio Caggiano, Diego Casaravilla, Corina Courtis, Gerardo Halpern, Diana Lenton y María Inés Pacecca 35
3. **Negros y blancos en los *media* brasileños: el discurso racista y las prácticas de resistencia.**
   Paulo Vinicius Baptista da Silva y Fúlvia Rosemberg 89
4. **Racismo discursivo en Chile. El caso mapuche**
   María Eugenia Merino, Mauricio Pilleux, Daniel Quilaqueo y Berta San Martín 137
5. **Discurso y racismo en Colombia. Cinco siglos de invisibilidad y exclusión.**
   Sandra Soler Castillo y Neyla Graciela Pardo Abril 181

6. **Prácticas sociales y discurso racista de las élites del poder en Guatemala (siglos XIX y XX).**
Marta Casaús Arzú 229
7. **El discurso racista en México**
Alicia Castellanos Guerrero, Jorge Gómez Izquierdo y Francisco Pineda 285
8. **«Yo te segrego a ti porque tu falta de educación me ofende»: una aproximación al discurso racista en el Perú contemporáneo.**
Virginia Zavala y Roberto Zariquiey 333
9. **Discurso y racismo en Venezuela: un país «café con leche»**
Adriana Bolívar, Miguel Bolívar Chollett, Luisana Bisbe, Roberto Briceño-León, Jun Ishibashi, Nora Kaplan, Esteban Emilio Mosonyi y Ronny Velásquez 371

Sobre los autores

Paulo Vinicius Baptista da Silva es doctor en Psicología Social por la Pontifícia Universidade Católica de São Paulo (PUC-SP), profesor del programa de posgrado en Educación de la Universidade Federal do Paraná (PPGE-UFPR) e investigador del Núcleo de Estudios Afrobrasileños de la misma universidad (NEAB-UFPR), donde actúa principalmente en los temas de infancia y relaciones raciales. Coordina actualmente el proyecto de investigación «Relaciones raciales e infancia en los medios brasileños».

Carlos Belvedere es doctor en Ciencias Sociales y licenciado en Filosofía. Ha publicado diversos libros y artículos desde una perspectiva fenomenológica. En el terreno de la investigación social, sus trabajos combinan una orientación eminentemente teórica con la exploración empírica del fenómeno de la discriminación social con un abordaje etnometodológico. En el campo de la filosofía, su reflexión se orienta hacia los problemas de fundamentación y las cuestiones medulares de la fenomenología social, entendida no como una mera perspectiva en ciencias sociales sino como el punto culminante del desarrollo inmanente a la filosofía fenomenológica.

Luisana Bisbe es antropóloga e investigadora del Instituto de Filología «Andrés Bello» de la Universidad Central de Venezuela. Cursa la maestría en Estudios del Discurso por la UCV. Se ha especializado en la lingüística sistémica funcional y en los estudios sobre la argumentación

en el discurso. En este momento, su interés investigador se centra en el análisis crítico del discurso de los textos escolares, especialmente el racismo antiindígena. Es asistente editorial del *Boletín de Lingüística*.

Adriana Bolívar es lingüista, analista del discurso y profesora titular de la Universidad Central de Venezuela. Posee una maestría en Lingüística Aplicada por la Universidad de Londres y es doctora en Análisis del Discurso por la Universidad de Birmingham (Reino Unido). Además, es fundadora de la Asociación Latinoamericana de Estudios del Discurso (ALED), editora de la *Revista Latinoamericana de Estudios del Discurso* y autora, editora y coeditora de varios libros: *Discurso e interacción en el texto escrito* (2005 [1994,1998]), *Estudios en análisis crítico del discurso* (1996), *El análisis del discurso político venezolano* (con Carlos Kohn, 1999), *El análisis del diálogo* (con Franca Erlich, 2006) y *Análisis del discurso. Por qué y para qué* (2007).

Miguel Bolívar Chollett es sociólogo, demógrafo y profesor titular de la Universidad Central de Venezuela. MA en Sociología, Universidad de Chile; MSc en Demografía, *London School of Economics*, Londres. Doctor en Ciencias Sociales, Universidad Central de Venezuela. Director General de la Oficina Central de Estadística e Informática de Venezuela (1994-1997). Asimismo, es autor de numerosos artículos científicos y de varios libros sobre temas de población: *Capitalismo y población* (1984), *La población amazónica de Venezuela* (1993), *Población y sociedad en Venezuela (siglo XX)* (1995), *La población venezolana diez años después de El Cairo* (2004), y asesor de diversos organismos nacionales e internacionales (UNFPA, PNUD).

Roberto Briceño-León es sociólogo y profesor titular de la Universidad Central de Venezuela. Doctor en Ciencias Sociales. Director del Laboratorio de Ciencias Sociales, LACSO. Presidente de la Asociación Venezolana de Sociología y miembro del Steering Committe on Social and Economic Research de la Organización Mundial de la Salud. Profesor invitado en la Universidad de Oxford y UNAM. Es autor de *Los efectos perversos del petróleo* (1992); *Sociology in Latin America* (1998), *Doenças Endêmicas: abordagens sociais, culturais e comportamentais* (2000), *Applying health Social sciences best practice in the developing world* (2001) *Violencia, justicia y sociedad en América Latina* (2002) y *Morir en Caracas* (2003).

Sergio Caggiano es candidato a Doctor en Ciencias Sociales (UNGS-IDES). Obtuvo el título de Magister en Sociología de la Cultura (IDA-

ES-UNSAM) y es docente de la Universidad de Buenos Aires y de la Universidad Nacional de La Plata. Como becario de investigación del CONICET trabaja en problemas ligados a migraciones, interculturalidad y discriminación. En estos campos ha desarrollado tareas de investigación con el apoyo del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y el Center for Latin American Social Policy, University of Texas, Austin. Es autor de un libro y de diversos artículos publicados en libros y revistas especializadas.

Diego Casaravilla es uruguayo, sociólogo y magister en Ciencias Sociales. Ha desarrollado múltiples investigaciones con el apoyo del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), de la Agencia Sueca para el Desarrollo Internacional (ASDI) y del Centro de Investigación para el Desarrollo Internacional de Canadá (IDRC). En el área de discurso y racismo ha desarrollado investigaciones y publicaciones sobre la construcción simbólica del inmigrante en situación irregular en la Argentina.

Marta E. Casaús Arzú es profesora titular de Historia de América de la Universidad Autónoma de Madrid, directora del Máster Europeo en Estudios Latinoamericanos: Complejidad Social y Diversidad Cultural (España) y del Máster en Gerencia para el Desarrollo Sostenible en Guatemala. Sus principales líneas de investigación son el estudio de las redes familiares y élites de poder en Centroamérica, de las élites intelectuales y la formación de la nación y de los vocablos vertebradores de la modernidad en Latinoamérica. Entre sus últimos trabajos de investigación destaca *El diagnóstico del racismo en Guatemala: Informe para la elaboración de una Política Pública para la eliminación del racismo y de la discriminación*, en cinco volúmenes, así como la 4.ª reedición de su libro *Guatemala: linaje y racismo* (2006).

Alicia Castellanos Guerrero es antropóloga, doctora en Ciencias Sociales, profesora/investigadora del Departamento de Antropología de la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa y miembro del Sistema Nacional de Investigadores. Asimismo, es autora y coautora de diversos libros y artículos relacionados con la dinámica de las relaciones interétnicas y las representaciones racistas; entre sus publicaciones más recientes se cuenta *Imágenes del racismo en México*. Actualmente estudia los procesos de construcción de identidades y exclusión en espacios urbano regionales.

Corina Courtis es doctora en Ciencias Antropológicas por la Universidad de Buenos Aires, donde enseña Lingüística Antropológica, e in-

vestigadora del CONICET. Trabaja sobre migración y discriminación, combinando la perspectiva antropológica con herramientas de la lingüística. Es autora de diversas publicaciones sobre inmigración coreana en la Argentina, política migratoria y racismo, migración y derechos humanos.

José Jorge Gómez Izquierdo, nacido en la ciudad de México, es doctor en Sociología por la Universidad Libre de Berlín (Alemania). Se desempeña como profesor/investigador en el Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (BUAP) y es miembro del Sistema Nacional de Investigadores. Ha publicado una serie de investigaciones documentando la existencia del fenómeno racista dentro de los procesos inherentes a la construcción de la identidad nacional mexicana.

Gerardo Halpern es doctor en Ciencias Antropológicas por la Universidad de Buenos Aires y licenciado en Ciencias de la Comunicación por la misma universidad. Como becario de investigación del CONICET ha trabajado sobre inmigración paraguaya y exilios en la Argentina. Ha publicado diversos artículos, en Argentina, Chile y México, en los que articula la lucha por los derechos de los inmigrantes con la participación de los mismos en diversos movimientos políticos contemporáneos.

Jun Ishibashi es antropólogo, doctor en Artes y Ciencias de la Universidad de Tokio y profesor en el Departamento de Estudios Latinoamericanos de la misma universidad. Especialista en cultura popular afroamericana y en los movimientos étnicos de los afrodescendientes, es autor del artículo «Hacia una apertura del debate sobre el racismo en Venezuela: exclusión e inclusión estereotipada de personas "negras" en los medios de comunicación» (2003) y de varios libros: *Vida y ritmo en el trópico* (2002), *Lo político del tambor* (2005), *Oído al tambor: Democracia popular y movimiento cultural en el Barrio San Millán, Venezuela* y *Kyoto: Shora-sha* (2006, en japonés).

Nora Kaplan es lingüista y profesora de inglés en el Instituto Nacional Superior del Profesorado en Lenguas Vivas (Buenos Aires). *Magister Scientiarum* en Inglés (Universidad Central de Venezuela) y candidata doctoral en el Doctorado en Estudios del Discurso (UCV), investiga en lingüística sistémica funcional, el análisis del discurso y el análisis crítico del discurso de los medios de comunicación de masas y de los textos didácticos. Algunas de sus publicaciones más recientes son *Las estrategias políticas en el discurso de Noam Chomsky* (con Silvia Solá, Akademos,

2002) y *Nuevos desarrollos en el estudio de la evaluación: la teoría de la valoración* (*Boletín de Lingüística*, 2004).

Diana Lenton es doctora en Ciencias Antropológicas por la Universidad de Buenos Aires y docente investigadora en la misma institución. Se ha especializado en Antropología Política e Histórica, sobre todo en temas de política indígena regional. Coordina un grupo de investigación universitario sobre la aplicabilidad del concepto de genocidio en tanto categoría analítica en el marco de las relaciones entre el Estado argentino y los pueblos originarios desde una perspectiva histórico-antropológica y una red de organizaciones civiles preocupadas por la misma cuestión.

María Eugenia Merino es doctora en Ciencias Humanas, mención Lingüística y profesora de Análisis del Discurso de la Facultad de Educación de la Universidad Católica de Temuco, en Chile. Sus intereses incluyen el análisis crítico del discurso de minorías, el prejuicio, el racismo y la discriminación étnica. Ha investigado y publicado extensamente acerca de las manifestaciones orales de la cultura mapuche, el discurso intergrupal entre mapuches y no mapuches y el discurso racista en el habla cotidiana de los no mapuches. Últimamente se encuentra desarrollando una investigación sobre la discriminación percibida por los mapuches y sus efectos psicosociales. Entre sus publicaciones se cuentan numerosos artículos en revistas científicas indexadas en corriente principal tanto de América Latina como de Europa.

Esteban Emilio Mosonyi es antropólogo, profesor titular de la Universidad Central de Venezuela y doctor en Ciencias Sociales (UCV). Autor de numerosos artículos científicos sobre relaciones interétnicas, minorías étnicas y culturales, especialmente indígenas, lingüística y antropología, literaturas indígenas y culturas populares. Ha escrito numerosos libros, entre los cuales son referentes obligados *Morfología del verbo Yaruro* (1967) e *Identidad nacional y cultura popular* (1983). Sus libros más recientes son *Temas de literaturas indígenas* (2006) *Aspectos de la génesis de la educación intercultural bilingüe* (2006) y *Reflexiones críticas en torno al Caribe* (2006). Además, es Premio Nacional de Humanidades y asesor de Organismos Internacionales (Casa de Bello, OEA).

María Inés Pacecca es licenciada en Ciencias Antropológicas por la Universidad de Buenos Aires, donde actualmente es candidata al Máster en Administración Pública y docente del Departamento de Antropología. Trabaja en procesos y políticas migratorias, más concretamente en temas de identidad, etnicidad y género. Ha escrito numerosos artículos

sobre política migratoria argentina y la migración de mujeres de países vecinos, de Europa del Este y de la República Dominicana.

Neyla Graciela Pardo Abril es doctora en Lingüística Española de la Universidad Nacional de Educación a Distancia, UNED (España). Magíster en Lingüística Española y en Administración y Supervisión Educativa, se ha desempeñado durante más de treinta años como docente e investigadora en diferentes universidades del país. Ha asumido cargos directivos, administrativos y académicos en ellas y ha publicado el desarrollo de sus investigaciones en libros y revistas especializadas. Asimismo, ha obtenido diferentes distinciones como docente en la Universidad Nacional de Colombia. Actualmente es profesora asociada en el Departamento de Lingüística e investigadora asociada al Instituto de Estudios en Comunicación y Cultura –IECO– de la misma Universidad. Sus investigaciones están centradas en las líneas de Análisis del Discurso, comunicación y cultura, dentro de las cuales ha dirigido tesis de grado en pregrado y posgrado. Es miembro activo de dos redes internacionales de investigación –REDLAD y PROSUL– y ha sido profesora visitante en distintas universidades nacionales y extranjeras.

Mauricio Pilleux es profesor de Inglés, M.A. English Sociolinguistics State University of New York (Cortland) y Ph. D. en Lingüística, University of Pittsburgh. En los últimos diez años ha investigado en cuestiones relativas al análisis crítico del discurso, específicamente sobre el prejuicio étnico de los no mapuches en contra de los mapuches en la ciudad de Temuco, Chile. En esta área de investigación ha publicado varios artículos. Su correo electrónico es: mpilleux@uach.cl

Francisco Pineda, mexicano, es doctor en antropología y profesor investigador de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, así como integrante del cuerpo académico «Análisis del Discurso y Semiótica de la Cultura» en la misma institución. Es autor de *La irrupción zapatista, 1911* y *La Revolución del Sur, 1912-1914* (Ediciones Era, México, 1997 y 2005 respectivamente). En la actualidad, estudia el período 1915-1920 de la revolución zapatista, con un enfoque especial en los problemas de la guerra.

Daniel Quilaqueo Rapimán es doctor en Sociología y profesor adjunto de la Facultad de Educación de la Universidad Católica de Temuco. Sus investigaciones se relacionan con el conocimiento educativo mapuche, la educación intercultural y el prejuicio y la discriminación étnica en las relaciones interétnicas e interculturales entre la sociedad mapuche y no mapuche.

Fúlvia Rosemberg es profesora titular de Psicología Social de la Pontifícia Universidade Católica (PUC) de São Paulo, donde coordina el NEGRI (Núcleo de Estudos de gênero, raça e idade), e investigadora de la Fundación Carlos Chagas, donde coordina la sesión brasileña del Programa Internacional de Becas de Posgrado de la Fundación Ford.

Berta San Martín Álvarez es profesora asociada de la Universidad de La Serena, institución en la que imparte docencia en las carreras de pedagogía en Inglés, Traductor inglés-español y Periodismo. Además es profesora de Inglés de la Universidad de Chile, magíster en Lingüística de la Universidad de Chile y doctora en Lingüística de la Universidad Católica de Valparaíso. Sus líneas de investigación son el análisis del discurso y el aprendizaje-enseñanza de una segunda lengua. Su más reciente publicación es «El racismo en la prensa chilena: el caso mapuche», en *Entorno al discurso*, Ediciones Universidad Católica de Chile.

Sandra Soler Castillo es profesora asistente de Análisis del Discurso de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas, en Bogotá (Colombia); así como doctora en Lingüística y Comunicación de la Universidad de Barcelona. Sus intereses de investigación se centran en los estudios del discurso y la sociolingüística, concretamente en cuestiones relacionadas con el género, el racismo y la discriminación. Entre sus publicaciones destacan *Bilingüismo y actitudes lingüísticas de la comunidad indígena inga* (2001), *Discurso y género en historias de vida* (2005) y *Racismo discursivo de elite en los textos escolares de ciencias sociales en Colombia* (2006).

Teun A. Van Dijk (1943) es profesor en la Universitat Pompeu Fabra de Barcelona, después de haberse jubilado como catedrático de Estudios del Discurso en la Universidad de Ámsterdam. Tras sus trabajos en poética generativa y gramática del texto en los años setenta, desde principios de los años ochenta su interés se ha centrado en temas más sociales y críticos, como la reproducción del racismo en el discurso. Su investigación actual versa acerca de las relaciones entre discurso, conocimiento y contexto. Es autor de varios libros en esas áreas, así como fundador-director de las revistas *Poetics, Text, Discourse & Society, Discourse Studies, Discourse & Communication,* y de la revista de Internet *Discurso & Sociedad* (www.dissoc.org), de las cuales todavía dirige las últimas cuatro. Entre sus libros traducidos al castellano destacan *Ideología* (2000), *Estudios del discurso* (en 2 vols., 2001), *Dominación étnica y racismo discursivo en España y América Latina* (2003), *Ideología y discurso* (2003), *Ra-*

cismo y discurso de las élites (1993/2003) y *Context* (en 2 vols., en prensa). Poseedor de dos doctorados *honoris causa*, ha impartido conferencias en muchos países, sobre todo de América Latina. Para una bibliografía completa, pueden visitar su página *web*: www.discursos.org.

Ronny Velásquez es antropólogo, doctor en Ciencias Sociales por la Universidad Central de Venezuela y profesor asociado de la Escuela de Artes de la misma universidad. Además es investigador en diversas culturas de América, presidente de la Fundación Internacional de Etnomusicología y Folklore y profesor invitado de la Universidad Tres de Febrero, en Buenos Aires. Autor de numerosos artículos sobre el tema indígena, afro y cultura popular de Venezuela y América Latina, entre sus libros se encuentran: *Mito, chamamismo y religión* (1987) y *Mitos de creación de la Cuenca del Orinoco* (1992), y, entre los más recientes, *Estética aborigen* (2004). Es premio Municipal en Literatura y posee una mención de Investigación en culturas indígenas.

Roberto Zariquiey Biondi es lingüista y docente en la Pontificia Universidad Católica del Perú, donde realizó sus estudios de pregrado y maestría. Sus intereses se centran en la lingüística amerindia y en el trabajo programático con pueblos indígenas, tanto en la zona andina como en la amazónica. En la Amazonia peruana, ha trabajado con los pueblos kichwa, shipibo-conibo y asháninka; mientras que, en la zona andina, ha trabajado con los pueblos quechua, aimara y chipaya.

Virginia Zavala es doctora en Sociolingüística por Georgetown University (US). Actualmente se desempeña como profesora e investigadora de la Pontificia Universidad Católica del Perú. También ha trabajado en la Cooperación Técnica Alemana (GTZ) asesorando la formación docente en educación intercultural bilingüe en la zona andina del Perú. Es autora de *(Des)encuentros con la escritura: escuela y comunidad en los Andes peruanos* (Lima, 2002) y *Oralidad y poder. Herramientas metodológicas* (con Víctor Vich, Bogotá, 2004). También ha editado *Escritura y sociedad. Nuevas perspectivas teóricas y etnográficas* (con Mercedes Niño-Murcia y Patricia Ames, Lima, 2004) y *Nuevos maestros para América Latina* (con Ricardo Cuenca y Nicole Nucinkis, Madrid, 2007).

Prefacio

Tenn A. Van Dijk

Cuando publiqué el libro *Dominación étnica y racismo discursivo en España y América Latina* (Gedisa) en 2003, sabía que ese libro era sólo una contribución muy modesta al estudio del racismo y el discurso. Además, en el caso particular de América Latina, obviamente necesitábamos un estudio mucho más detallado, más especializado de *cada* país –estudio que yo no podría realizar solo y para el cual tampoco tenía las competencias necesarias–. Así pues, tuve la iniciativa de organizar un proyecto de investigación colectiva con equipos de expertos de ocho países de América Latina. La tarea de esos equipos sería escribir un informe sobre el discurso y el racismo en su propio país, y entregar ese informe para una publicación colectiva. Este libro es el resultado de ese vasto proyecto de investigación.

Organizar un proyecto de esta naturaleza ha sido una experiencia única para mí. En primer lugar, he aprendido mucho –a partir de los propios informes– sobre el racismo y el discurso en América Latina. En segundo lugar, el contacto con numerosos investigadores del área ha sido un placer personal y académico especial. Varios de ellos ya eran mis amigos, y otros llegaron a serlo mientras se realizaba el proyecto. También me alegra que, de esa manera, mis contactos de años con América Latina fueran intensificándose.

Desde hace muchos años me dedico a dirigir libros y publicaciones. Pero nunca había coordinado equipos de investigadores en varios paí-

ses –cada uno con sus propios antecedentes, objetivos, competencias y, como siempre, falta de tiempo y demasiados otros compromisos–. Esto significa que también he aprendido a ser paciente y he podido confirmar que la paciencia, junto con la tenacidad, permite alcanzar resultados excelentes. Una de las razones por las que el proyecto tomó más tiempo del previsto fue que los coordinadores de equipos en varios países finalmente no pudieron seguir participando en el proyecto. Además, en algunos países fue muy difícil formar los equipos de expertos, en concreto porque, lamentablemente, ya habían asumido otros compromisos.

Sin embargo, a pesar de esas dificultades, pudimos terminar este proyecto, y me complace enormemente que haya resultado en un libro que, espero, contribuirá tanto al estudio crítico del discurso como a la comprensión del racismo en América Latina. Espero también que este libro estimule el debate. Como he subrayado en mi propia «Introducción», el racismo es, lamentablemente, no sólo una cuestión de Europa, América del Norte o Australia (por nombrar sólo esos continentes). También en América Latina se ha esparcido el racismo contra los pueblos indígenas y los descendientes de africanos desde hace siglos, a pesar de que quienes lo han perpetrado, es decir, los descendientes de europeos, lo niegan.

Esa negación se ha manifestado, en parte, en la reticencia a realizar investigaciones críticas sobre el racismo en América Latina, al igual que ha ocurrido en Europa y Estados Unidos. El término «racismo», con frecuencia, incluso ha sido hallado inapropiado por quienes hubiesen preferido esconderlo bajo el fenómeno de la pobreza o de otras formas de desigualdad social. Sin embargo, si deseamos analizar críticamente y entender el racismo, debemos afrontar lo horrible que es, y nombrarlo como se debe, aun cuando, hoy en día, puede adoptar formas más sutiles e indirectas: la dominación sistemática de los Otros con argumentos de tipo étnicos o «raciales» improcedentes en todos los ámbitos de la sociedad.

Mucho de ese racismo, y los prejuicios e ideologías que lo sostienen, se adquiere, se confirma y se ejerce por el discurso. Así pues, es fundamental adoptar un enfoque de análisis discursivo para estudiar el racismo y comprender su reproducción. Los equipos que colaboraron en este proyecto colectivo se concentraron específicamente en algunas formas del discurso político influyente, en particular el discurso de las élites, es

decir el de los que controlan la mente pública y, por ende, las ideologías, del público en general, y a las que he dado el nombre de *élites simbólicas*: políticos, periodistas, académicos, profesores, escritores, etcétera. Sin embargo, debido a la falta de datos empíricos en la mayoría de los países, datos que requieren muchos más proyectos de investigación sobre este tema en cada país, no pudieron estudiarse todos los tipos de discursos de las élites en todos los países abarcados por este proyecto.

Otra limitación importante de este estudio es que, por falta de espacio, sólo incluye capítulos sobre ocho países: Argentina, Brasil, Chile, Colombia, Guatemala, México, Perú y Venezuela. Estos países fueron seleccionados por el tamaño de su población, por sus poblaciones indígenas o por la presencia de descendientes de africanos. No son más o menos «racistas» que otros países de América Latina, y los países que *no* están cubiertos por este estudio sin duda no tienen menos racismo que los que están representados aquí. En todo caso, se necesitan más investigaciones sobre el racismo, desde todas las disciplinas, para todos los países del continente. Lo que ahora son sólo capítulos serán proyectos que pronto deberían ampliarse a estudios exhaustivos sobre cada país.

Quisiera reconocer especialmente el importante papel de los académicos que coordinaron los equipos y/o escribieron los informes finales reproducidos en esta publicación colectiva: Alicia Castellanos (México), Marta Casaús (Guatemala), Sandra Soler y Neyla Pardo (Colombia), Adriana Bolívar (Venezuela), Paulo de Silva y Fúlvia Rosemberg (Brasil), Corina Courtis (Argentina), María Eugenia Merino (Chile) y Virginia Zavala (Perú). Sin su capacidad de organización, su paciencia y su propia contribución a la investigación y a las versiones finales de los capítulos que aquí figuran, este libro nunca habría sido publicado. También deseo dar las gracias a todos los demás investigadores y coautores que han contribuido al proyecto y al presente libro. Un agradecimiento especial a Marta Casaús, Sandra Soler y Virginia Zavala, quienes asumieron, *in extremis*, la tarea de escribir una versión (final) del capítulo de sus países respectivos cuando no pudieron formarse los equipos locales o fue imposible llegar a un consenso sobre la versión final.

Había muchas maneras de ordenar los capítulos que componen este libro, pero finalmente decidí utilizar el más arbitrario de los criterios: el alfabético. Por lo tanto, los artículos aparecen según la inicial de los países de que tratan.

Los lectores que deseen hacer algún comentario sobre este libro pueden enviarlo a la siguiente dirección de correo electrónico: vandijk@discursos.org.

Teun A. Van Dijk, abril de 2007
Universidad Pompeu Fabra
Barcelona

1. Racismo y discurso en América Latina: una introducción

Teun A. Van Dijk

El legado histórico

Muchos estudios han mostrado que, en América Latina, el racismo contra los pueblos indígenas y descendientes de africanos es un problema social considerable. En este aspecto, América Latina sigue, lamentablemente, los pasos de Europa y América del Norte, entre otras regiones donde los europeos blancos son el grupo étnico dominante.

Sin sostener que los pueblos «blancos» son inherentemente racistas, posición esencialista que contradice el hecho de que hay muchos «blancos» luchando contra el racismo, la ubicuidad del «eurorracismo» en el mundo es, más bien, la consecuencia histórica de siglos de colonialismo europeo. En ese sistema de dominación, los «otros» no europeos fueron percibidos y tratados sistemáticamente como diferentes e inferiores, ideología que sirvió como legitimación de la esclavitud, la explotación y la discriminación.

La abolición de la esclavitud en el siglo XIX no puso término a la colonización. Por el contrario, en muchas partes del mundo y, sobre todo, en África y el sur de Asia, persistieron las formas más duras de explotación y opresión décadas después de la abolición, hasta el período de descolonización posterior a la Segunda Guerra Mundial.

No sorprende que las formas más explícitas de racismo también coincidan con ese período, no sólo en la política, la economía y la lite-

ratura, sino también en la ciencia. La primera mitad del siglo XX vio la publicación de numerosos estudios «científicos» que «demostraban» la superioridad del hombre blanco y que dieron lugar a políticas y prácticas eugenésicas en muchos países, que culminaron en el Holocausto.

El genocidio perpetrado por los nazis en la Segunda Guerra Mundial no erradicó el racismo europeo, sólo lo volvió menos flagrante. El exterminio étnico (eufemísticamente llamado «limpieza») en Bosnia y el auge de la extrema derecha en muchas partes de Europa demuestran que esas tendencias siguen teniendo fuerza entre los europeos. Muchos continúan celebrando la superioridad de los europeos blancos, al tiempo que excluyen, problematizan y discriminan a los pueblos de otras culturas. Muchos de los inmigrantes en América Latina proceden de esa Europa racista que ha servido como ejemplo a la política, la literatura y la ciencia latinoamericanas durante décadas.

En América Latina, la emancipación –de España y Portugal– de los Estados que fueron logrando la independencia en diferentes momentos del siglo XIX se realizó bajo el liderazgo de la élite criolla de políticos, terratenientes y militares cuyas raíces europeas e ideologías racistas concomitantes eran, en gran medida, compartidas por los dirigentes mestizos. Si bien la nueva «raza» de mestizos era glorificada en la nueva retórica nacional, en la realidad y, sobre todo para los pueblos indígenas, las formas básicas de desigualdad seguían intactas. De México a Chile y del Pacífico al Atlántico, las comunidades indígenas siguieron siendo explotadas y oprimidas, con formas más o menos explícitas de legitimación basadas en la ideología sobre su supuesta inferioridad o su primitivismo, por un lado, o su rebeldía o falta de integración, por el otro. Con variaciones y fluctuaciones en varios países, y con cada vez más formas de resistencia, el sistema del racismo y la desigualdad socioeconómica persiste hasta hoy, incluso en países donde la población es mayoritariamente indígena.

La historia de los esclavos africanos liberados y sus descendientes es apenas diferente en ese aspecto. De norte a sur, en México, Venezuela, Colombia, Perú y, sobre todo, el Caribe y Brasil, los descendientes de africanos fueron sistemáticamente considerados como inferiores en todos los ámbitos de la sociedad. Los prejuicios en contra de los negros, combinados con una gran variedad de prácticas discriminatorias, fueron reproduciendo la pobreza, un estatus inferior y otras formas de de-

sigualdad social con respecto a las élites dominantes de blancos y mestizos.

Al igual que en el caso de las comunidades indígenas (que a menudo se niegan a ser llamadas «latinoamericanas»), sólo en las últimas décadas la conciencia y la resistencia de los latinoamericanos negros –que tienen una tradición heroica, aunque repetidas veces reprimida– ha dado origen a una lucha concertada y exitosa, en parte, por los derechos civiles.

La lucha académica contra el racismo

El lento surgimiento del interés de la Academia por estudiar el racismo, y la lucha contra éste, en América Latina debería comprenderse a la luz de esas formas de resistencia de las comunidades indígenas y descendientes de africanos y de sus dirigentes.

Muchas razones explican por qué ese antirracismo académico surgió relativamente tarde en América Latina (así como también en Europa y América del Norte). En primer lugar, el racismo fue, por lo general, negado, por ejemplo desde el punto de vista más amplio de la ideología política y académica dominante de la «democracia racial», en Venezuela, Chile y Brasil. Las desigualdades en la interacción diaria con los indígenas y los negros, en sociedades tradicionales donde todos los grupos tenían su lugar y sus funciones, eran vistas como «naturales», de modo que la idea de dominación racista solía considerarse, y aún suele hacérselo, como una acusación ridícula. En segundo lugar, en comparación con la discriminación y el racismo más explícitos, violentos y legalizados en Estados Unidos, las formas cotidianas de racismo en América Latina por lo general eran consideradas –por los grupos dominantes– relativamente benévolas. En tercer lugar, cuando se reconocía la desigualdad social, ésta era atribuida a una cuestión de clase, más que de raza, sin investigar más exhaustivamente las causas reales de la desigualdad y la pobreza. En cuarto lugar, los académicos latinoamericanos, y otros también, interesados en los grupos indígenas y africanos en América Latina por lo general se concentraron en las propiedades «étnicas» de esos grupos, en lugar de estudiar las prácticas diarias de racismo de las élites (en su mayoría, blancas). Numerosos antropólogos estuvieron más interesados en el folklore y en otros aspectos de las comunidades

indígenas, y no tanto en las prácticas racistas diarias de los grupos dominantes. Y, última razón, aunque no la menos importante, la mayor parte de los investigadores académicos provienen de los mismos grupos y clases sociales que formaban las élites en el poder; ellos no tenían experiencia del racismo, o tenían muy poca, y por lo tanto su motivación para investigar un sistema de desigualdad del que eran beneficiarios era escasa. Obsérvese que, en casi todos estos aspectos, los académicos latinoamericanos son apenas diferentes de los de Estados Unidos y Europa: el estudio del racismo nunca ha sido parte de las principales investigaciones académicas en ningún lugar. Hasta hoy, los estudios críticos del racismo tienen que afrontar la reticencia académica a reconocer que se trata de una iniciativa científica pertinente, y no de una mera cuestión «política», como muchos de mis colegas holandeses calificarían este tipo de investigación.

Como hemos dicho más arriba, la creciente resistencia por parte de las comunidades indígenas y africanas, combinada con el desarrollo internacional de un movimiento antirracista que se ha visto acompañado por diversas declaraciones «oficiales», ha suscitado, finalmente, un interés creciente por el estudio académico del racismo, también en América Latina.

Además, la experiencia personal de las élites académicas latinoamericanas con prejuicios y racismo en Europa y Estados Unidos sin duda ha contribuido también a una mayor concientización sobre el racismo en sus propios países.

Esto es el trasfondo de los artículos recogidos en este libro, que dan prueba del trabajo y de la lucha académica actual contra el racismo en América Latina.

Discurso y racismo

La mayoría de los estudios sobre el racismo, también en América Latina, se concentran en las formas de la desigualdad socioeconómica y la exclusión, por un lado, y en los prejuicios y actitudes en cuanto a las etnias, por el otro. Si bien son fundamentales, esos estudios no nos dicen mucho sobre las raíces del racismo, ni sobre los procesos de su reproducción cotidiana. Aun cuando estemos de acuerdo en cuanto al hecho de que, en América Latina, el racismo se origina en el colonialismo y las

consiguientes formas de dominación social, económica y cultural por las élites (más) blancas,* sigue faltando un nexo fundamental.

Dado que el racismo no es innato, sino que se aprende, ese proceso de adquisición ideológica y práctica ha de tener sus fuentes. Las personas aprenden a ser racistas de sus padres y colegas (que también lo aprendieron de sus padres), y lo aprenden en la escuela y los medios de comunicación, así como a partir de la observación y la interacción cotidianas en sociedades multiétnicas.

Este proceso de aprendizaje es, en gran medida, discursivo, y se basa en la conversación y los relatos de todos los días, los libros de texto, la literatura, las películas, las noticias, los editoriales, los programas de televisión, los estudios científicos, etcétera. Si bien muchas prácticas del racismo cotidiano, es decir, formas de discriminación, también pueden aprenderse, en parte, a través de la observación y la imitación, esas prácticas también deben ser explicadas, legitimadas o sostenidas discursivamente de alguna otra manera. En otras palabras, *la mayor parte de los miembros de los grupos dominantes aprenden el racismo a través de los discursos de una amplia variedad de hechos comunicativos.*

Así pues, la mayor parte de lo que los grupos dominantes «saben» o creen sobre los «Otros» ha sido formulada, de manera más o menos explícita, en incontables conversaciones, historias, noticias, libros de textos y discursos políticos. Además, de ese modo las personas forman sus propias opiniones y actitudes y, a menos que tengan buenas razones para desviarse del consenso grupal, la mayoría de los miembros reproducirán el *statu quo* étnico y adoptarán las ideologías dominantes que lo legitiman.

Cabe señalar que ese proceso no es automático ni determinista: cada miembro del grupo tiene una libertad relativa para ignorar, parcial o totalmente, los mensajes dominantes o las ideologías que los sostienen, y formarse opiniones alternativas, buscar actitudes diferentes en grupos resistentes y desarrollar así una ideología alternativa, no racista o antirracista.

* Utilizo la expresión «más blanca» para indicar que, especialmente en América Latina, no se trata de una mera cuestión de blancos *versus* no blancos, sino más bien de una sutil escala gradual de varias formas de ser más o menos europeo, africano o de rasgos indígenas. Siempre que sea pertinente, ser lo más parecido al fenotipo europeo (es decir, ser «más blanco») tiende a ser asociado con un mayor prestigio y estatus, lo que está correlacionado con un mayor poder y una posición cultural y socioeconómica mejor.

En realidad, muchos hombres y mujeres blancos lo hacen. Pueden hacerlo por múltiples razones, como experiencias personales con el racismo, el sexismo u otras formas de discriminación o exclusión, o, una vez más, por el discurso, como historias ocasionales en los medios sobre el racismo, películas, novelas o conversaciones con miembros de grupos minoritarios.

A menos que esos «disidentes étnicos» del grupo dominante ocupen posiciones importantes (lo que es improbable, ya que las élites antirracistas no suelen ser designadas, en principio, para ocupar tales posiciones), en general forman minorías más bien pequeñas y poco influyentes.

El mayor impulso del cambio antirracista, tal como sucedió con el Movimiento por los Derechos Civiles en Estados Unidos y el movimiento contra el *apartheid* en Sudáfrica, se basa y proviene de los propios grupos étnicos dominados. Este cambio también está mediado por el discurso, es decir, que se produce cuando esos grupos obtienen acceso a las diversas formas del discurso público, como el discurso político, los medios de comunicación de masas, la educación, la investigación y, sobre todo hoy en día, Internet. Si el discurso público de los grupos étnicos minoritarios no hace del «racismo» una cuestión pública, la dominación étnica por lo general no cambia.

El papel de las élites simbólicas

Si el racismo se aprende y reproduce, en gran medida, a través del discurso dominante, y si ese discurso es accesible sólo a las élites simbólicas, como políticos, periodistas, escritores, profesores, académicos (blancos), debemos concluir que la fuente más importante del racismo contemporáneo son las élites simbólicas blancas.

Esto puede parecer contradictorio cuando también suponemos que es precisamente esa élite la que suele definirse como liberal, progresista, cosmopolita y sin prejuicios. Cuando ese liberalismo se pone realmente en práctica, por ejemplo rechazando los discursos dominantes y buscando mensajes alternativos, antirracistas, una parte de esas élites puede alejarse del racismo dominante dentro del grupo y redefinirse como disidentes étnicos.

Sin embargo, hemos visto que esos grupos son relativamente pequeños y que la amplia mayoría de las élites simbólicas blancas tienen poco

interés en las cuestiones étnicas y, sin duda, no se definen como parte del problema, lo que no garantiza que quieran ser parte de la solución.

Por el contrario, consideran que muchas formas de antirracismo o defensas de la diversidad son una amenaza contra la hegemonía blanca por parte de los «Otros», quienes, definidos de diversas maneras, pueden ser combatidos con mayor o menor vehemencia, o simplemente ignorados. Por otra parte, los discursos dominantes no son definidos por los parlamentarios, los reporteros o los maestros de escuela, al menos no por ellos solos, sino por los líderes de esos grupos dominantes, es decir, por los que definen las estrategias en política, establecen la línea editorial en los medios de comunicación, elaboran los programas académicos y los textos escolares, y fijan las prioridades de la investigación académica.

Aun cuando haya mucho debate «en la base», es decir, en el entorno familiar, con amigos, en las columnas de los periódicos, en las escuelas y en las universidades, en la televisión, los bares y los autobuses, las cuestiones y los límites de los debates se establecen por lo general desde arriba. Las formas verdaderamente alternativas de plantear cuestiones candentes no suelen hallar espacio en los principales medios, entre los políticos y los círculos académicos.

Las élites de Europa definen la inmigración como el problema más importante de sus países (estrechamente asociado con la delincuencia y el terrorismo), acusan a las víctimas y rara vez ven los problemas de integración desde el punto de vista del racismo. Los periódicos abundan en historias sobre inmigración «ilegal», ocasionalmente informan sobre racismo abierto y violento, pero no dicen nada acerca del racismo *light* que las élites practican a diario.

Los intereses básicos también los formulan, negocian y deciden los líderes de los grupos de élite, en las altas esferas. Así pues, los jefes de redacción de los periódicos (por lo general, de sexo masculino y blancos) necesitan que sus periodistas tengan acceso a los principales dirigentes políticos y que las principales compañías se publiciten en sus periódicos; a su vez, los políticos y los productos de las empresas necesitan *buena prensa*. Dejando de lado conflictos ocasionales, una amplia mayoría de las altas esferas por lo general estará en acuerdo o en desacuerdo ideológico dentro de los límites ideológicos. Esto se vuelve más evidente en la caso de las cuestiones étnicas, porque rara vez hay un conflicto por motivos étnicos entre las élites, que tanto en Europa como en América pertenecen al mismo grupo étnico.

De modo que el cambio sólo será posible a través de la presión internacional y de la resistencia de los grupos dominados, y esos cambios por lo general serán mínimos, pues las relaciones de poder reales rara vez resultan afectadas, tal como lo demuestra una de las protestas étnicas más importantes de América Latina: la de los zapatistas, en México, desde el 1 de enero de 1994.

Las estructuras y las estrategias del discurso racista escrito

Los avances actuales en las ciencias humanas y sociales permiten un análisis cada vez más sofisticado de las estructuras y las estrategias del discurso racista, escrito y oral, en el marco de los estudios discursivos transdisciplinarios. Los primeros estudios sobre el discurso racista se limitaron a un análisis de contenido cuantitativo y superficial o a un análisis impresionista de términos «tendenciosos». Ahora sabemos más sobre las maneras en que esas estructuras discursivas afectan a la mente del público en general y, por ende, cómo el discurso racista, tanto en su forma escrita como oral, contribuye a la reproducción de los prejuicios étnicos, las ideologías racistas y la discriminación de los «Otros».

A pesar de la sutileza y la complejidad del discurso racista, los principios generales que organizan ese discurso son bastante simples y similares a cualquier otro tipo de discurso con bases ideológicas:

- *Enfatizar lo positivo del Nosotros*
- *Enfatizar lo negativo del Ellos*
- *Desenfatizar lo positivo del Ellos*
- *Desenfatizar lo negativo del Nosotros*

Aplicadas a todos los niveles de discurso (auditivo, visual, formal, significados y acción), estas estrategias resumen bastante adecuadamente las propiedades locales y globales discursivas acerca de la manera en que los miembros del grupo interno hablan y escriben sobre «Ellos».

Así, en cuanto a los *significados globales* o *temas*, vemos que el discurso racista oral y escrito prefiere los temas negativos sobre los «Otros» –temas asociados con los problemas de inmigración e integración, con la delincuencia, la violencia, su pereza o retraso– en contraste con temas positivos sobre «Nosotros» como modernos, avanzados, democráticos,

tolerantes, hospitalarios, generosos, etcétera. Por otro lado, los temas negativos sobre «Nosotros», y especialmente nuestro racismo, nuestra discriminación y nuestros prejuicios, sobre todo entre las élites, tienden a ser ignorados, minimizados o mitigados del mismo modo que los temas positivos sobre «Ellos»: por ejemplo cómo contribuyen a la economía y a la diversidad cultural, lo duro que trabajan, etcétera. En realidad, el mayor tabú es la referencia a nuestro propio racismo. Por ejemplo, numerosos estudios han demostrado que rara vez se hallan historias sobre racismo en los periódicos dominantes dirigidos por las élites (de raza blanca).

El mismo principio se aplica a los demás niveles y dimensiones del discurso a través, por ejemplo, de los siguientes recursos:

- énfasis en los temas negativos sobre «Ellos» en titulares y primeras planas;
- repetición de temas negativos en historias cotidianas;
- expresión de estereotipos en la descripción de miembros de grupos étnicos;
- selección de términos (los miembros de nuestro grupo siempre son «luchadores por la libertad», mientras que los de los otros son «terroristas» traidores);
- uso de pronombres y demostrativos que implican distancia («*esas* personas»);
- metáforas negativas («invasión», «olas» de inmigrantes);
- énfasis hiperbólico en *sus* propiedades negativas: parásitos, etcétera;
- eufemismos de *nuestro* racismo: «descontento popular»;
- falacias en la argumentación para demostrar *sus* propiedades negativas.

Si bien los discursos políticos sobre los inmigrantes o las minorías étnicas en el país eran explícitamente racistas y glorificaban manifiestamente la superioridad de la raza blanca, hoy en día esa representación negativa del «Otro» es más sutil y a menudo se inserta en una retórica positiva sobre cuán tolerantes somos «Nosotros» y qué orgullosos estamos de vivir en una nación multicultural. Sin embargo, de manera más indirecta, y según cada país, ese discurso político puede subrayar su relación con la delincuencia, la violencia y las diversas formas de la resistencia «ilegal», por ejemplo cuando Ellos ocupan tierras o edificios.

Controlar las mentes: la formación de prejuicios e ideologías

Las numerosas formas en que los discursos dominantes pueden enfatizar las características negativas del grupo étnico externo se vuelven particularmente problemáticas sobre todo en lo que respecta a sus posibles efectos en las mentes de los receptores. Es cierto que los textos no tienen un efecto automático en la opinión de los lectores; después de todo, como hemos visto, muchos lectores pueden resistirse a las interpretaciones sugeridas del discurso racista, si bien, en condiciones especiales, esa influencia puede ser pertinaz.

Así, si la representación negativa del papel de las minorías (en algunos países, las mayorías) dominadas es coherente con los intereses de los grupos dominantes, como suele ocurrir, y los miembros del grupo dominante no tienen muchos contactos étnicos alternativos (iguales) o información, como también suele ocurrir en muchas partes de Europa y América Latina, la representación negativa de los grupos étnicos y los hechos vinculados a ellos puede influir fácilmente en la mente de los receptores. Así, se formarán modelos mentales tendenciosos de hechos específicos relacionados con algún grupo étnico, sobre el que leen o escuchan. Esos modelos pueden generalizarse hacia actitudes e ideologías negativas más generales sobre los «Otros».

A su vez, nuestros discursos y otras acciones sociales se basan en modelos mentales (planes, etcétera.) que también están formados por actitudes e ideologías subyacentes, socialmente compartidas. Así, hemos hecho el círculo completo y vemos cómo el discurso tiene una participación crucial en la reproducción del racismo en general y en la formación de las ideologías racistas subyacentes en particular.

Los géneros del discurso racista

Dado el importante papel de las élites simbólicas en los procesos de información, comunicación y discurso público en la sociedad, es de prever que habrá tendencias racistas en un gran número de géneros discursivos, cada uno con sus propias características contextuales.

El discurso político en general, y los debates parlamentarios en particular, son sostenidos por diputados y senadores y por otros dirigentes políticos (elegidos) que tienen poder y legitimidad para formular la «si-

tuación étnica» (incluida la inmigración) según les convenga en el proceso político. En Europa hemos visto cómo, en las últimas décadas, incluso los principales dirigentes políticos (conservadores, liberales o incluso de la izquierda) han adoptado posiciones sobre la inmigración y las minorías que, hasta entonces, eran características de la extrema derecha.

Así, cuando el ex primer ministro Aznar observó cuánta influencia tenía el líder del Frente Nacional, Le Pen, en Francia, con su ataque virulento contra los inmigrantes, adoptó una posición aún más agresiva con los nuevos ciudadanos e identificó a los inmigrantes «ilegales» como «delincuentes»; lo mismo hicieron otros políticos en Europa (Dinamarca, Holanda, Austria e Italia), Estados Unidos y Australia. En los capítulos de este libro, se hallan ejemplos muy similares de retórica contra las minorías y la inmigración en el discurso político de América Latina. Incluso los gobiernos socialistas, bajo la presión de las ideas racistas sobre la inmigración, adaptan sus políticas a esas ideas, como vemos ahora también en España, por temor a perder el voto popular.

De modo que nos hallamos ante una situación paradójica en la que, por un lado, podemos leer una retórica antirracista en textos oficiales, leyes y Constituciones, sobre todo en los altos niveles de la política (federal, internacional), pero también en los discursos políticos de todos los días, que pueden adoptar lo que les es políticamente más conveniente: cómo asegurar los votos, sobre todo de las mayorías blancas, que tienen escaso interés en compartir el poder con los «Otros». En otras palabras, es necesario un análisis exhaustivo de los contextos del discurso político a fin de comprender por qué y cómo los políticos adoptan un discurso racista.

También pueden efectuarse análisis similares en la prensa y otros medios de comunicación de masas. Una vez más, las noticias, los editoriales o los artículos de opinión racistas o tendenciosos, de una manera u otra, no sólo surgen espontáneamente sobre la base de ideologías étnicas de periodistas (blancos), sino también dentro de un contexto complejo de producción y programación de noticias. Ello significa que, cada día, los periodistas obtienen sus noticias de las principales instituciones de la sociedad, como los gobiernos, los Parlamentos, las corporaciones empresariales, los tribunales, las universidades, las burocracias, las comisarías, etcétera. Y como los dirigentes de esas instituciones son, como ya dijimos, blancos en su mayoría, los informes que envían a los medios o distribuyen en las conferencias de prensa rara vez están inclinados a fa-

vor de la población negra o indígena. En este sentido, debido a su papel como medios de (y para) las élites, los periódicos y la televisión contribuirán a su manera a la representación discursiva del racismo en la sociedad.

Además del discurso político y de los medios, el discurso de la enseñanza y la investigación es el más influyente, ideológicamente hablando, en la sociedad. Una vez más, es necesario efectuar un análisis de las estructuras y las estrategias de los numerosos géneros discursivos de la enseñanza (programas, libros de texto, clases, interacciones en el aula…), así como un análisis contextual, para describir y explicar cómo esos discursos también contribuyen de manera fundamental a la reproducción del racismo. Más que cualquier otro discurso, los discursos de la enseñanza definen las ideologías oficiales y dominantes. Sin suscitar demasiados debates o controversias, afirman el Conocimiento y la Opinión Oficial. De ese modo, muchos niños blancos obtienen información por primera vez sobre otros pueblos en otras partes del mundo, acerca de la inmigración y los inmigrantes, o sobre pueblos negros o indígenas que viven en otra parte de la ciudad, el país o el continente. Esa información suele ser muy sucinta y, con frecuencia, tendenciosa, incluso en la actualidad. Así hoy en día los niños españoles apenas leen algo más que sobre los «gitanos» y las «gitanas» que habitan en su país, y ello a través de unos pocos estereotipos superficiales que son lentamente reemplazados por una información igualmente breve y estereotipada sobre los inmigrantes de África y América Latina. De modo similar, en los libros de texto latinoamericanos puede leerse sobre la historia de la esclavitud o la historia de los grupos indígenas en el país, pero esa información puede ser no sólo muy sucinta y tendenciosa (a veces, positivamente), sino también limitada, en gran medida, al pasado. Se lee muy poco sobre la situación actual de los grupos minoritarios. Y, como suele ocurrir en casi todos los discursos oficiales, también en la política y en los medios, la cuestión del racismo por lo general se ignora, se niega o se minimiza al ser definida como «una cuestión del pasado».

Con estas importantes fuentes discursivas y simbólicas de creencias dominantes, no sorprende que la mayor parte de los miembros de los grupos dominantes (más) blancos sepan poco sobre la vida cotidiana de los «Otros» y que lo que saben o creen saber tienda a ser estereotipado, negativo o parcial. Y como esas creencias son, a su vez, la base de su interacción diaria con y sobre los «Otros», ésas también se mostrarán en

sus discursos. Es así como reproducen a diario el sistema de la dominación racista, hasta que los grupos minoritarios puedan adquirir el suficiente poder ideológico, social o político para desafiar tal dominación.

El racismo en el discurso en América Latina

Estos principios generales del racismo y su reproducción a través del discurso también se aplican en América Latina, aunque con diferencias de tipo histórico entre los diferentes países. Los principios generales, tal como los hemos esbozado más arriba, se aplican a todo el continente, pero las diferencias contemporáneas entre, por ejemplo, México, Brasil y Argentina son profundas, debido a que estos países presentan diferencias en cuanto a la historia de la inmigración y la posición de los grupos minoritarios. Así, Argentina y Chile reciben inmigrantes de los países vecinos, que son menos poderosos económicamente. México, por su parte, «exporta» sus propios migrantes a Estados Unidos y, al mismo tiempo, hostiliza y explota a los inmigrantes de América Central que pasan por el país en su camino hacia Estados Unidos. Brasil tiene una minoría indígena mucho más pequeña, comparativamente. En Argentina, y especialmente en Chile, los grupos minoritarios pueden ser algo más numerosos, pero señalan, con acierto, que buena parte de la población tiene raíces indígenas. Los pueblos indígenas forman amplias minorías o mayorías en México, Guatemala, Bolivia y Perú. Por otro lado, los americanos descendientes de africanos representan considerables minorías sólo en el Caribe, Venezuela y Colombia, y una amplia minoría en Brasil, y grupos mucho más pequeños en otros países, como México y Perú.

Esas diferencias étnicas también tienen un impacto en los discursos dominantes. Así, mientras el discurso racista en Chile se dirigió, tradicionalmente, contra una minoría mapuche que lucha por sus tierras, gran parte del discurso oral y escrito en los medios de Chile y Argentina se concentra en los inmigrantes pobres de los países vecinos, sobre todo si éstos tienen un *aspecto* diferente, de modo que no estamos ante un mero caso de xenofobia o resentimiento de clase, sino de racismo absoluto. En Argentina, también se observan resentimientos racistas contra los coreanos.

Por otro lado, las pequeñas minorías indígenas en Brasil por lo general son distantes y exóticas para un paulista o un carioca, como pueden

serlo para un europeo, y apenas se nombran en el discurso dominante, aparte de los relatos históricos usuales y de los estereotipos sobre el folklore (y la negación del racismo). En cambio, la cuestión social más persistente en Brasil es la dominación racista de los brasileños africanos de todos los matices y colores, como se observa especialmente en la conversación diaria, y de manera menos patente hoy en los discursos oficiales en la política, los medios de comunicación y los libros de texto. Sin embargo, también en Brasil, la desigualdad social se refleja y reproduce en el discurso oficial escrito y oral, por ejemplo en los papeles marginales que los negros tienen en el poderoso género de la telenovela –como ocurre también, de manera más manifiesta incluso, en Venezuela– y en la tenaz oposición de la élite contra los cupos universitarios para los brasileños negros.

Si bien establecer una diferencia entre sistemas de racismo «malos» y «peores» y otras formas de dominación y desigualdad suele ser una empresa problemática, en algunos países y períodos la opresión y el discurso racistas son mucho más abiertos, explícitos y manifiestos que en otros. Como también se demuestra en este libro, en Guatemala, por ejemplo, las élites propietarias de las tierras, sus políticos y su ejército no sólo fueron responsables de la masacre de cientos de miles de mujeres, hombres y niños indígenas, sino que pudieron perpetrarla sobre la base de ideologías y discursos acerca de una raza «inferior» que hoy en día persisten en algunos círculos, y que son difíciles de encontrar en otros países de América Latina.

Los latinoamericanos descendientes de africanos siguen siendo discriminados de múltiples maneras, pero por lo general se les reconoce como parte de la sociedad. En cambio, los pueblos indígenas en general son ignorados y asociados con la distancia geográfica y el retraso, el primitivismo; se dice que viven «en otra época» y que son, en realidad, una raza «inferior» en las formas más patentes de discurso racista.

Hemos presentado en esta introducción las tendencias generales sobre el racismo y el papel del discurso en su reproducción, y hemos visto cómo caracterizan a América Latina en su conjunto y, de manera particular, a sus países y regiones, de Río Bravo a Tierra del Fuego. En los capítulos de este libro se ofrecen datos pormenorizados, así como la historia y las explicaciones necesarias de ese discurso racista en algunos de los países más importantes del continente.

2. Racismo y discurso: una semblanza de la situación argentina

Carlos Belvedere, Sergio Caggiano, Diego Casaravilla, Corina Courtis, Gerardo Halpern, Diana Lenton y María Inés Pacecca

Introducción

Nuestro estudio se centra en las operaciones discursivas racializadoras de la diversidad en la Argentina contemporánea. Éstas cimentan su lógica en el relato hegemónico de la nación urdido desde las primeras décadas del siglo XIX, que postuló y legitimó maneras de intervenir políticamente sobre «raza» y «cultura» con una finalidad civilizadora y de progreso: convertir el «desierto» en nación y el «territorio» en república. En la primera parte de este capítulo, nos detenemos, pues, en las especificidades históricas de los procesos de construcción del Estado-nación en el pretendido tránsito de la «barbarie» a la «civilización». Analizaremos la instauración de una matriz clasificatoria cimentada en las proposiciones opuestas del indio y el inmigrante europeo, cuya lógica de fondo marcó el sentido de las dinámicas clasificatorias hegemónicas actuales. En la segunda parte nos concentramos en el análisis de discursos hegemónicos contemporáneos configuradores de categorías sociales significativas de la matriz nacional de alteridades: indígenas, migrantes internos, inmigrantes de países vecinos e inmigrantes del Este asiático. Por último sistematizamos algunas características específicas del racismo discursivo local, haciendo hincapié en su potencial para producir efectos políticos de exclusión y como obstáculo para el surgimiento de

enunciadores con la legitimidad necesaria para actuar en la esfera pública.

Primera parte. De la producción histórica de alteridades en el marco nacional

Hablar sobre el racismo discursivo en la Argentina contemporánea requiere desmenuzar la construcción histórica de las alteridades en el relato hegemónico de su fundación. Si bien el racismo discursivo reconoce tonalidades estrictamente contemporáneas, es posible encontrar, en aquello en lo que dicho racismo se refiere a su Otro, resonancias de las operaciones clasificatorias que fundaron y hegemonizaron el discurso de la Argentina como pueblo, nación y república. Por eso es indispensable detenerse en ciertos hitos de la historia nacional para abordar su dinámica y sus efectos: la racialización de la diferencia como dispositivo siempre disponible para obstaculizar la enunciación política del Otro.

La configuración del Estado-nación y su relato

El relato hegemónico de la configuración nacional al que aludimos es la consecuencia de una serie de reflexiones y debates en los que la élite política e intelectual decimonónica articuló tópicos iluministas y evolucionistas: iluministas en lo que respecta a su inspiración republicana, y evolucionistas en lo que respecta a la naturalidad e inevitabilidad del progreso. En efecto, en Argentina la consolidación del Estado-nación fue, en buena medida, resultado del proyecto explícito de una élite que, una vez saldadas las disputas internas por la primacía política y económica entre Buenos Aires y el resto de las provincias, se apropió de la misión de fundar una república moderna. Dado que a fines del siglo XIX se habían impuesto ampliamente las ideas que vinculaban raza, cultura y progreso, para la élite dirigente estaba claro que la construcción de Argentina como Estado civilizado y moderno, réplica de Europa y Estados Unidos de Norteamérica, requería una profunda modificación de las características poblacionales del país, tanto en cantidad como en composición. Ni el crecimiento económico ni la «elevación del carácter moral»,

y mucho menos la consolidación de un sistema político acorde con la democracia liberal podrían llevarse a cabo sobre la base de esa población «semibárbara», sobre esa «progenie bastarda, rebelde a la cultura y sin tradiciones de ciencia, arte e industria» (Sarmiento, 1978:198-199) que la colonización española había legado a América.

Puede decirse que una de las tareas prioritarias del incipiente Estado-nación fue «crear al pueblo»[1] argentino, en lugar de incorporar las alteridades preexistentes al espacio de una república plural. En este sentido, la confianza en una suerte de ingeniería poblacional con fines eugenésicos avaló distintos procesos de exterminio, invisibilización, trasplante poblacional y homogeneización llevados a cabo por esa «aplanadora cultural» (Segato, 2005) en que se erigió el Estado, enmascarando la diversidad mediante la utilización de mecanismos institucionales.

En tanto que orientado a la conformación de la nación, el relato hegemónico operó como patrón para la homogeneización y para la generación de *diferencias* y de *diferentes.* El enunciador legítimo principal –el varón blanco y «civilizado»– se convirtió en parámetro de referencia para los diversos Otros que buscó incluir y excluir simultáneamente de la nación como «pueblo» y de la república como dimensión política de la nación. Sin duda, los dos principios entre los que inicialmente se desplegó el relato del tránsito de la «barbarie» a la «civilización» fueron el indio y el inmigrante europeo que, a mediados del siglo XIX encarnaban los dos polos privilegiados de la discusión.

Hasta las primeras décadas del siglo XX los principales Otros de ese enunciador hegemónico fueron los pueblos originarios, los gauchos,[2] los extranjeros que no respondieran a las preferencias hegemónicas, las mujeres y la militancia obrera comunista y anarquista. En todos estos casos, buena parte de lo que se diagnosticaba como diferencia era leído en clave biologicista ubicando la codificación de las diferencias en la naturaleza esencial de los diversos grupos interpelados. El tratamiento –a menudo sangriento– de estas diferencias cargó el relato de un sentido épico y colocó en un sitial destacado la imagen del «crisol de razas»,[3] prueba indiscutible de la metafórica integración (por fundición) de las diferencias.

Si bien en su formulación científica el racismo fue ampliamente debatido y refutado, su legado vulgar fue una explicación racial/eugenésica mecánica, simple y sumamente elástica, visible en gran parte de los discursos contemporáneos acerca del Otro.

La matriz contemporánea de alteridades: categorías principales

Los pueblos originarios[4]

Hasta 1878, la geopolítica argentina partía de la existencia de una frontera situada entre los «territorios de la civilización» y los extensos territorios «en poder del indio». Esta frontera no significaba de ningún modo una barrera para las interacciones periódicas y en gran medida pacíficas entre ambas sociedades, ya que el intercambio comercial, cultural y político era sustancial, como eran frecuentes los episodios militares que involucraban a facciones indígenas en los sucesos políticos nacionales.[5] Más allá de la frontera, etnónimos y pertenencias presentan un panorama que aún no ha sido completamente esclarecido puesto que no hubo, por parte de las élites, un interés político por sistematizar el tratamiento hacia los pueblos indígenas ni por identificar sus territorios. Esta postura de negación y desvalorización de lo indígena se maximiza en lo que se refiere a su presencia consolidada en el interior de la nación criolla en las «provincias viejas» del norte y el centro del país.

Si bien en tiempos de paz la gente indígena cultivaba y/o practicaba la cría de animales en sus territorios, el más frecuente de los argumentos a favor de la campaña genocida que se instrumentó contra ella es el que apela al rescate de esos territorios improductivos para la práctica agropecuaria. Tras la Campaña del Desierto, eufemismo con el que se conoció la serie de incursiones militares iniciadas en 1878 contra los asentamientos indígenas en la Pampa y la Patagonia, y de las campañas al Chaco que le siguieron hasta 1911, las élites se autoconvencieron de que habían acabado con los indígenas, ya fuera en su dimensión física o, al menos, en su autonomía política y social. El general Roca, principal impulsor de estas expediciones –y que, montado sobre ese éxito, se convertiría luego en presidente de la nación–, decía en un discurso presidencial: «No cruza un solo indio por las extensas pampas donde tenían sus asientos numerosas tribus […]».[6] En el norte del país, la naturaleza diferente de los recursos en disputa determinó que el objetivo principal de la campaña militar fuese su concentración al servicio de obrajes* e ingenios

* Prestación de trabajo que se imponía a los indios de América y que poco a poco se abolió. [*N. del Ed.*]

manuales, lo que generó, en no pocos casos, la reproducción de la estrategia genocida. En adelante, en Argentina la política indígena se limitó a una serie de decisiones poco sistemáticas acerca de qué hacer con los vencidos, prisioneros o «colonos» –sobrevivientes establecidos bajo tutela militar–, cuyo destino individual y social fue definitivamente expropiado de sí mismos y reservado a la decisión estatal.

A partir del siglo XX la premisa básica que ha guiado la construcción de naciones y Estados en América Latina, y específicamente en Argentina, ha sido la *integración* de los pueblos indígenas en los nuevos colectivos «occidentales». Se esperaba que dicha integración, acompañada por operaciones sociopolíticas de *desarrollo, modernización* y *progreso*, así como de procesos biológicos de hibridación, diera como resultado la pérdida de su condición de indígenas y, especialmente, de sus derechos colectivos. La negación de los derechos colectivos de los pueblos indígenas en tanto tales derivó entonces en la violación masiva de los derechos humanos individuales de sus integrantes. Hasta ahora los proyectos de desarrollo regional no han podido reparar las deficiencias prácticas que arrastra el concepto de integración (Blommaert, 1997), derivando sus «buenas intenciones» en intrincados sistemas de tutelaje y paternalismo.

A mediados de 2003 el Registro Nacional de Comunidades Indígenas (RENACI) ha reconocido aproximadamente 176 comunidades en todo el país, más unas 50 que están en trámite de serlo. Paralelamente, algunas provincias[7] extienden un reconocimiento *provincial* a las comunidades radicadas en sus territorios, llegando en conjunto a la cifra aproximada de 560 comunidades con reconocimiento provincial.

Mucho más problemática es la cuantificación de individuos indígenas, dado que la operación entraña el esclarecimiento de la identificación y caracterización de los sujetos de referencia, una acción particularmente difícil en nuestro país. Las organizaciones indígenas y algunas ONG coinciden en señalar una cifra que se halla entre los 500.000 y el millón de individuos indígenas integrantes de la ciudadanía argentina. El único Censo Nacional Indígena, realizado a fines de la década de 1960 dio una cifra de 150.000 individuos que no puede tomarse por válida porque dicho censo nunca se concluyó ni fue actualizado. El Censo Nacional de Población efectuado en 2001 apuntó, en una de sus variables, a cuantificar la población indígena, pero el intento presentó fallos que comprometen la fiabilidad de los resultados –tal como las organizaciones indígenas ya predijeron.

Argentina se convirtió en lugar de destino de migrantes internacionales desde la segunda mitad del siglo XIX, mientras que la política inmigratoria se constituía en una de las tempranas y principales preocupaciones del Estado. Atraer y retener a la población que estaba siendo expulsada de Europa por complejos procesos económicos y demográficos tenía una doble finalidad: junto con el mencionado objetivo social y político de modificar las características raciales y culturales de la población argentina, aparecía el propósito económico de expandir la frontera agrícola y lograr el consecuente incremento de los saldos exportables. Este interés por el inmigrante europeo se expresa en la propia Constitución nacional de 1853.[8] Así, entre 1870 y la Primera Guerra Mundial, los europeos configuraron la inmigración más numerosa que Argentina haya recibido, inmigración que se frenó entre 1914 y 1945 para proseguir, aunque disminuida, durante unos pocos años más.

Si bien hacia 1900 había más de un millón de europeos que residían en Argentina, la realidad migratoria parecía desvirtuar el ideal civilizatorio. Las nacionalidades prevalentes no fueron las deseadas –frente al deseado ingreso de ingleses, suizos, franceses y alemanes, los italianos y españoles sumaban casi el 75%–, y, además, los efectos sociales inesperados se acumularon: concentración en las grandes ciudades, huelgas y formación de sindicatos y partidos políticos clasistas. Hacia 1910, y con dos millones de europeos residentes, el discurso de la élite nacional ya había incorporado tanto la burla hacia el inmigrante «poco refinado» como un nuevo tópico: el extranjero anarquista, comunista o socialista como amenaza al orden público y sospechoso político.

Sin embargo, el freno a la inmigración impuesto por la Primera Guerra Mundial, un crecimiento económico sostenido y una serie de modificaciones en el sistema electoral que recortaron la exclusividad política y el papel enunciador de la élite fundacional y de sus herederos dieron lugar a nuevos giros en relación con la apreciación del extranjero. Así, hacia 1950, diluidas sus diferentes nacionalidades o regiones de origen en la generalización continental, el inmigrante europeo se había convertido en el prototipo del «buen inmigrante»: aquel que con su esfuerzo personal logra vencer la adversidad de las circunstancias. La epopeya de «hacer las Américas» fue moneda corriente en infinitas historias familiares: ganarse un lugar económico, social y político y convertirse en un miem-

bro legítimo de la sociedad resultaba un ejercicio exclusivo de la virtud personal y, como tal, un proceso totalmente ajeno al despegue de un efímero Estado benefactor.

Sobre la base de esta exaltación de la laboriosidad, la ambición y la templanza, estos inmigrantes y sus descendientes, convertidos en la «fuerza vital y transformadora del país», trazarán ese Nosotros hegemónico desde el cual se enunciará la alteridad de los migrantes internos, de países vecinos y asiáticos que llegarán al área metropolitana de Buenos Aires a partir de 1930.

Los migrantes internos

La migración interna se inició en la década de 1930 y se acentuó en torno a los años cuarenta, en el marco del surgimiento y ascenso del movimiento peronista. Los contingentes que se fueron estableciendo en las periferias de las grandes ciudades, movilizados por la industrialización que alentaba el éxodo rural-urbano en busca de mejores perspectivas laborales, se transformaron en sujeto político y adquirieron inusitada visibilidad. El mítico acontecimiento del 17 de octubre de 1945, que tendría el efecto de catapultar a Juan Domingo Perón a la presidencia de la nación, tuvo también un importante efecto simbólico: por primera vez, las clases medias y altas de Buenos Aires, europeístas en su gran mayoría, se enfrentaron a la presencia en carne y hueso de una multitud hasta entonces alejada de los espacios públicos de la ciudad.[9]

El impacto que significó la irrupción de estos migrantes en la esfera pública fue expresado en una serie de tópicos que mantuvieron su vigencia en buena parte del siglo XX. Así nació la figura del «aluvión zoológico», en la que una típica metáfora migratoria, la de lo «aluvional», es puesta en relación con la denegación de humanidad de este contingente, pensado ahora como si estuviese anclado en el reino animal. En el seno de la oposición más visceral al gobierno peronista se irían asentando otras expresiones de corte claramente racista para discriminar a este nuevo sujeto, como la de «cabecitas negras», que apunta a los rasgos fenotípicos producto de formas diversas de mestizaje donde la herencia indígena y negra tienen una clara presencia. De este modo, las clases medias y altas de Buenos Aires actualizaban un marco cultural claramente discriminatorio para recibir a los migrantes internos. A partir de entonces, y sustentado en la histórica –y muchas veces sangrienta– puja entre Bue-

nos Aires y las provincias por imponer proyectos contrapuestos de constitución y distribución del poder en el país, se retomaría y consolidaría el estereotipo del «provinciano» inculto y poco civilizado. Así, «cabecitas negras» encarnaron a aquel sujeto que, en virtud de ciertos rasgos culturales y fenotípicos se ajusta a un prejuicio largamente cimentado en los habitantes de Buenos Aires, los «porteños», respecto a los habitantes de provincias.

Los inmigrantes de países vecinos

Además del ingreso cuantioso de migrantes de ultramar, en Argentina se produjo un flujo constante de inmigrantes de países vecinos, limítrofes (Brasil, Bolivia, Chile, Paraguay y Uruguay) y, más recientemente, no limítrofes (en especial Perú). Este proceso se vio atenuado por el fuerte impacto de la inmigración europea en la estructura demográfica de la población.

Desde comienzos del siglo XX y hasta la década de 1960, el principal foco de atracción de los migrantes limítrofes fueron las ocupaciones rurales o semirrurales en las economías regionales fronterizas a sus respectivos países de origen. Hasta entonces el ingreso de buena parte de los migrantes de países limítrofes estaba caracterizado por la estacionalidad y la pendularidad entre su lugar de origen y un destino en Argentina. Sin embargo, a partir de la década de 1960 el área metropolitana de Buenos Aires (donde el trabajo está, en principio, desestacionalizado) comenzó a adquirir cada vez más importancia como destino. Paulatinamente, la migración limítrofe comenzaría a adquirir visibilidad y presencia en la agenda pública, por lo general en términos de «problema», aun cuando sus porcentajes nunca superaron el 3% de la población total. Frente al discurso del crisol de razas y del inmigrante europeo como buen inmigrante, la inmigración limítrofe se convirtió en el prototipo de la inmigración no deseada.

Desde el punto de vista del ascenso y la legitimación social, la trayectoria de los migrantes de países vecinos fue muy diferente a la de la porción más visible de los migrantes de ultramar, entre otras razones por los cambios en los mercados mundiales, las erráticas e interrumpidas políticas de reconversión industrial en Argentina, los procesos inflacionarios, el deterioro del Estado benefactor y una normativa cada vez más restrictiva en cuanto a la radicación y la residencia, a tono tanto con la doctri-

na de seguridad nacional como con las tendencias de los países hegemónicos en materia migratoria. No obstante, lo más sobresaliente del caso fue cómo se explicó *post-facto* esta diferencia: en términos de buena y mala inmigración, donde lo bueno y lo malo se miden por el ascenso social, y los motivos de dicho ascenso (o de su fracaso) se anclan en la «raza» de esos extranjeros –europeos en un caso, americanos en el otro–. La interpretación, esta vez enunciada en buena medida por los descendientes de los antiguos migrantes de ultramar, se despliega nuevamente en el arco tendido entre civilización y barbarie, y en la rerracialización en clave cultural de las diferencias fenotípicas entre unos y otros (Briones, 1998).

Los inmigrantes del Este asiático

Si bien la preferencia por el inmigrante europeo ha sido la pauta orientadora de las políticas migratorias argentinas, ello no ha comportado la imposibilidad de ingreso al país de personas provenientes de distintos puntos del continente asiático. Los aportes migratorios del Este asiático a la nación Argentina remiten a tres categorías sociales principales: «japoneses», «coreanos» y «chinos».[10]

La llamada «inmigración masiva» ya incluía –aunque no promovía e, incluso, limitaba en la práctica– la llegada de migrantes japoneses. A pesar de las particularidades fenotípicas, culturales y religiosas que los distinguían del resto de los inmigrantes y de la población local, y sin dejar de padecer la burla generalizada hacia el migrante emanada de la élite nacional y de los criollos, esta inmigración logró abrirse caminos de movilidad ascendente y relativa integración social, en el sentido de adaptación/asimilación.

Con el telón de fondo de este largo proceso e inscritas en el contexto de la progresiva restricción de la normativa inmigratoria, las inmigraciones coreana y china han sido percibidas localmente como procesos más acelerados. La llegada de las primeras familias coreanas a Argentina tuvo lugar en 1965, mientras que el pico de ingresos se registra en la década de 1980, tras la firma de un acuerdo migratorio de inversión entre Argentina y la República de Corea. Un estudio realizado por la propia colectividad en 1996 estimaba que la presencia coreana en el país era de unas 32.000 personas, mayoritariamente concentradas en la ciudad de Buenos Aires y dedicadas a la producción y venta de indumentaria de bajo cos-

te. Por su parte, la inmigración de contingentes provenientes de China, en especial de Taiwán, se remonta a los años setenta y apenas iniciada la década de 1990 se registra la mayor cantidad de ingresos, de los cuales un número cada vez mayor corresponde a inmigrantes oriundos de la China continental. En 1997 se estimaba que existía una colectividad de 29.000 personas,[11] cuya ocupación principal giraba en torno a la propiedad y dirección de locales gastronómicos y supermercados de pequeña y mediana escala. A comienzos de la década de 2000, la entrada de personas del Este asiático fue fluctuante y, en el seno de estas colectividades, se observaron movimientos de emigración, remigración (principalmente a Estados Unidos, Canadá, México y Australia) y retorno.

La inclusión, aquí, de cifras absolutas no es casual: a pesar del bajo impacto demográfico de los migrantes del Este asiático, los coreanos y los chinos han sido el blanco de contundentes procesos xenófobos de visibilización y sobredimensionamiento que, esgrimidos primariamente en el terreno discursivo, no han dejado de estar correlacionadas con las *razzias* de control efectuadas en los lugares de trabajo y las detenciones ordenadas desde el Estado.

Otras categorías de alteridad

Las dinámicas de alterización en Argentina van más allá del cuadro presentado e incluyen también a las clases populares, las mujeres, los gays, los gitanos, los afrodescendientes –en particular los afroargentinos–[12] y los judíos.[13] Respecto a las dos últimas categorías, objeto de formas de racismo antiguas y conocidas en los contextos norteamericano y europeo, vale la pena agregar unas palabras.

El imaginario social de Argentina acusa una fuerte negación de la presencia africana: la historiografía la desvaloriza culturalmente, al tiempo que relativiza la proporción de la población africana que ayudó a configurar la comunidad nacional. Simultáneamente, el discurso cotidiano niega la existencia de afroargentinos, asumiendo, incluso ante la presencia de individuos o grupos afro, tópicos como «en Argentina no hay negros» o «seguro que vienen de Brasil». La noción de «negro», en cambio, se recupera cuando se alude a la figura del mestizo latinoamericano, y en especial de aquel que se ha desplazado desde una provincia hacia la capital.

Por su parte, si bien debe señalarse que el antisemitismo cuenta con una dilatada historia de violentas prácticas –desde las persecuciones y asesinatos de la Semana Trágica de 1919, hasta alcanzar su paroxismo en la dictadura militar iniciada en 1976 y los atentados terroristas a instituciones judías de la década de 1990–, también existió, como contrapartida, un proceso de integración relativamente rápido y exitoso de los judíos a la sociedad argentina. Entre ambas facetas, lo que persiste en Argentina es la presencia de un antisemitismo difuso, que perdura en estado latente, con brotes intermitentes de antisemitismo activo (Ivovich, 2003). Los estudios disponibles de opinión pública concluyen que «el antisemitismo es un fenómeno presente en el país […] Sin embargo, logra menor adhesión que [la discriminación] manifestada hacia otros grupos […] No muestra señales claras de emergencia con virulencia y consistencia» (DAIA, 2002: 33-35).

Puesto que creemos que en Argentina las manifestaciones del discurso racista de mayor relevancia en la configuración histórica de una matriz de alteridades apuntan a pueblos originarios, migrantes internos e inmigrantes de países vecinos y asiáticos, este capítulo se centra en el tratamiento discursivo de dichas categorías, dejando de lado otras alteridades, aun cuando éstas sean susceptibles de un análisis similar.

Segunda parte. Racismo y discurso hegemónico

En las secciones que siguen analizaremos diversos tipos de discursos contemporáneos[14] –discurso escolar, debates parlamentarios, prensa gráfica, conversaciones de la vida cotidiana– que tienen por objeto las categorías sociales que hemos presentado, y en los que se advierten algunas de las muchas maneras en que la racialización se convierte en la estrategia clasificatoria privilegiada para instaurar y dar cuenta de la diferencia.

Es oportuno señalar que los discursos que se analizan comparten el ámbito de la región metropolitana de Buenos Aires como origen geográfico. Ciertamente, es imposible afirmar que el modo de operar del racismo discursivo sea idéntico a lo largo de todo el territorio nacional; sin embargo, es igualmente cierto que, debido a aspectos políticos, económicos e históricos, la región metropolitana es claramente hegemónica en relación con el resto del país y, en este sentido, todos los discursos de re-